

Artículo de fe (a propósito del bicentenario de Dostoievski y Flaubert)



Francisco Londoño. De la serie *Historias cortas* (4). Acrílico/lienzo. 145 x 145 cm. 2008

Nuestra relación con los clásicos de la literatura se parece a la que nos une con la divinidad: creemos en ella sin pruebas, por la sola fuerza de la fe. De niños, cuando escuchamos los nombres de Cervantes, Shakespeare, Dostoievski y Flaubert, supimos inmediatamente que se trataba de genios, y quizá hasta llegamos a imaginarlos como suprahumanos. Y eso que por entonces solo conocíamos las primeras tres líneas del Quijote —en el orbe hispánico, casi se nace sabiéndolas—, sin haber puesto un ojo sobre ninguna página de *Hamlet*, *Crimen y castigo* o *Madame Bovary*. Esos nombres eran, para nosotros, nada más que signos grabados sobre los lomos de libros de alguna biblioteca familiar, libros empolvados y soñolientos de lo puro olvidados; pero, aun así, jamás dudamos de la grandeza de sus autores. Y todavía es así para quienes eligieron llevar una vida lejos de la literatura —un taxista, una fanáti-

ca del diseño de software, un vagabundo de esquina—: si alguien les menciona a Balzac, a Dickens o a Dostoievski —por decir algo—, es probable que el primer impulso que sientan sea el de persignarse.

Y si eso sucede con el profano que no comulga, qué podría decirse de quien sí engulle la hostia. Sin más, se siente instalado en la epifanía (que, dicho sea de paso, es la máxima aspiración del lector propiamente dicho). Para entrar en materia de lo que esta penúltima *Agenda Cultural Alma Máter* de 2021 depara al lector, bastará con mencionar dos revelaciones surgidas de la lectura de sendos clásicos europeos, nacidos ambos en los últimos días de 1821, esto es, hace dos siglos exactos: Fiódor Mijáilovich Dostoievski —quien vino al mundo el 11 de noviembre— y Gustave Flaubert —alumbrado un mes después, el 12 de diciem-

bre —. Quien haya tenido en sus manos *Apuntes del subsuelo* sabe, por ejemplo, que a ningún hombre puede conculcársele el derecho de hacer cosas estúpidas, mientras que al lector de *Madame Bovary* jamás se le ocurriría condenar la ‘casquivanidad’ y el adulterio, puesto que Flaubert le habrá enseñado que solo las almas más inocentes son las que tropiezan en esos baches. Y también podría decirse algo de las lecciones sobre el remordimiento que se imparten en *Crimen y castigo*, o de las advertencias contra la patología amorosa — si no es eso una redundancia — consignadas en *La educación sentimental*. En esos aprendizajes, en esas advertencias y, en fin, en esos sacudones, consiste nuestra experiencia de leer a las grandes figuras de la literatura.

La comparación de los clásicos con los dioses no se alimenta, apenas, de lo que queda dicho. También ocurre que esos escritores son para nosotros misteriosos, y misteriosos de manera inagotable, lo que, según dicen los que saben, corresponde a como se nos muestra — o no se nos muestra — Dios. Pocos como Dostoievski y Flaubert para comprobarlo. El maestro ruso, a quien comúnmente asociamos con las hondas cuestiones — la culpa, el parricidio — y los sórdidos ambientes — tabucos de estudiantes pobres, celdas de ermitaños austeros —, siempre logra sorprendernos cuando se revela como uno de los grandes cómicos del siglo XIX. Ahí están, para probarlo, *La alquería de Stepanchikovo* — una de las novelas más hilarantes de la Rusia decimonónica, junto con *Almas muertas*, de Gógol — o el relato “Un episodio vergonzoso”. De hecho, un lector honesto de *Los hermanos Karamazov* aceptaría que, pese a la sublime figura del padre muerto, la alta moralidad de Aliosha o la gravedad filosófica de Iván, a la novela la recorre un tufillo bufonesco y socarrón que perturba más que la tragedia misma. Quizá la mejor prueba de ello sea el episodio del velatorio del monje Zósima quien, aunque en vida fue el hombre más virtuoso de la tierra, una vez muerto, apesta. De entre los deudos se

alza una voz anónima — sospecho que la de un tal Fiódor — para formular la única conclusión posible: “¡Quiere decirse que el juicio de Dios no es lo mismo que el de los hombres!”.

Mucho más proclive a sorprendernos se muestra Flaubert, y por causa, quizá, de lo tendenciosos que somos a la hora de leer. Muchos ven al francés como al autor de una sola novela, si bien, en ello, la culpa la tiene — así sea parcialmente — el mismo novelista: su frase contundente — aunque algunos dicen que jamás la dijo — de “*Madame Bovary soy yo*” (*Madame Bovary c’est moi*) ha acabado por persuadirnos de la fusión inextricable entre autor y obra, entre páginas y entrañas. Como quiera que sea, el lector de esa obra canónica, sorprendido de ver la manera casi higiénica en que Flaubert da cuenta de las aventuras eróticas de Emma Bovary — a más se atrevió Eça de Queiroz cuando refirió las de Luisa, la adúltera de *El primo Basilio* —, todavía se sorprende más cuando da con el ningún recato del Flaubert narrador de viajes. Tanta es su audacia en ese género que Edward Said, para ilustrar la perversidad con que Occidente ha construido discursivamente a ‘Medio Oriente’, echa mano de una viñeta de la peregrinación del novelista a Egipto, a donde el viajero fue para ver lo que no conviene ver; escribió sobre un hospital: “Enormes infundíbulos: uno tiene un tumor peludo dentro del ano. La verga de un viejo completamente privada de piel; retrocedí por causa del hedor. Un raquíto: las manos retorcidas hacia atrás, las uñas largas como garfios”. Para satisfacer la curiosidad del lector de esta agenda, más adelante se presentan algunas cartas flaubertianas igualmente pintorescas; han sido traducidas por Ricardo Cano Gaviria, el escritor antioqueño que mejor conoce a quien también fue autor de *Salambô* y *Bouvard y Pécuchet*, por mencionar dos de sus libros más célebres.

Con tanto entusiasmo como temor — el de no hacer justicia a deidades acaso inconmovibles, ellas mismas o sus devotos — esta *Agenda Cul-*

tural *Alma Máter* presenta un dossier con dos cabezas. En la primera parte, tres filósofos reflexionan sobre diversos aspectos de la obra de Dostoievski: Constanza Giménez Salinas, Lorena Rivera León y Jorge Mario Mejía Toro. Nada más natural, en virtud de los hondos temas sobre la condición humana y la vida en sociedad que desvelaron al genio ruso. A ellos se suma una original radiografía del San Petersburgo literario —una de cuyas versiones es la de *Crimen y castigo*—, remitida por Anastasia Espinel Soares; una noticia breve pero sugerente de Juan David Suárez Ceballos de las versiones cinematográficas en las que ha tratado de ‘reescribirse’ esa novela inmortal; y, finalmente, una página sencilla pero sabia —una *nota bene*— arrancada de las reflexiones docentes del maestro José Jairo Alarcón Arteaga, compañero de la Universidad de Antioquia a quien no acabamos de extrañar.

La segunda parte está compuesta por textos de y sobre Flaubert. Por una razón que los especialistas tendrán que resolver algún día, esta sección es más variada; quiero decir que, dejando a un lado el azar inherente a toda convocatoria editorial, acaso nuestro dossier sea síntoma de que quienes hablan de Dostoievski lo hacen, sobre todo, para continuar sus filosofías —o quizá para inventarlas—, mientras que quienes se interesan por Flaubert van y vienen, con mayor libertad, por sus temas, personajes y vivencias íntimas. Como buen anfitrión, el escritor francés abre la sección con los escritos de viaje ya mencionados, traducidos por Cano Gaviria, a los que se suman algunos ensayos sobre asuntos literarios, vertidos al español por Leticia Bernal Villegas. En lo que parece ser un saludable escape a la monomanía *bovarista*, Martha Pulido ofrece una crónica de la amistad entre el escritor y George Sand (Aurore Dupin), mientras que Selen Arango Rodríguez explora el universo de *La educación sentimental*. En el cierre, el también clásico Miguel de Unamuno se ocupa —no estoy muy seguro de si para celebrarla o mofarse— de la

incapacidad de Flaubert para tolerar la estupidez humana.

Basta con esta nota introductoria: ya es hora de pasar al tabernáculo, al camarín de los dioses. Con todo, nuestra ofrenda editorial, más que a ellos, está dirigida a unos lectores en quienes quisiéramos suscitar las lecturas y relecturas más entrañables que quepa imaginar. Lo hacemos con la confianza que nos imprime la efeméride: un bicentenario con la confluencia de dos astros luminosos no es cosa de todos los días.

Juan Carlos Orrego Arismendi

Francisco Londoño

El maestro Francisco Londoño Osorno, cuya obra se podría inscribir muy especialmente en una deriva del expresionismo abstracto norteamericano, bebe de su experiencia como apasionado de la disciplina de la arquitectura y de sus posibilidades de temporalidad espacial. Cada formato aquí contenido, los cuales hacen parte de la colección del Museo Universitario de nuestra *Alma Máter*, han sido, de una forma deliberada, trazados sobre cuadrantes que evocan el plano cartesiano, para emparentar así, la experiencia con el conocimiento empírico. Sus formatos hacen eco a su propia antropometría, a su escala y, si se quiere, pueden ser vistos como una suerte de autorretratos en los cuales los alcances de su cuerpo gesticulando, como lo hace el bailarín sobre la arena, y abarcando la dimensión completa del cuadro se vuelve protagonista conjuntamente con un color que no teme a su propio poder comunicativo; por el contrario, es tan evidente en su discurso plétorico, que las obras alcanzan a modificar los espacios arquitectónicos donde son emplazadas.

Las pinturas de Pacho Londoño, como es conocido en el ámbito nacional del arte, se valen del medio pictórico para proyectar un trazo performativo que plantea el cuerpo del artista en tanto medio y fin de una gramática que termina por trastocar los lugares que mora.

Oscar Roldán-Alzate